

más ventaja el uno al otro que el sol con todo su resplandor al de una pequeña candela y más que todos los ríos juntados con el mar a una pequeña gota de agua, y más que todos los cielos a una avellana. ¡Oh cosa maravillosa! Que sea de mayor grandeza delante de Dios comer con este motivo de contentar a Dios, que ayunar y derramar la sangre con ásperas disciplinas movido del deseo de gozar de los deleites del cielo; y esto no porque desear estos deleites no sea bueno, pero porque es tanto mejor el otro motivo de contentar a Dios, cuanto es mayor el mundo que una avellana. Pues si tan gran cosa es comer por amor de Dios, ¿qué será el padecer?

Hay dos modos de orar muy agradables a los ojos de Dios: el uno es con discursos y consideraciones santas de Dios venir el alma a encenderse en el amor de Dios, siendo muy familiar con su Majestad considerando particularmente la infinita bondad y perfecciones de su Dios, y los inmensos beneficios que de su Dios tan bueno ha recibido, siendo ella tan indigna de ellos, y digna de grandes castigos por los males que contra un Dios tan bueno ha cometido, respondiéndole ella con males a bienes tantos y tan grandes, y no la habiendo castigado por ellos, quédale tan obligada a servirle y amarle y agradecer estas mercedes conocidas, que viene por aquí a vivir abrasada en amor de un Dios tan bueno, y aparejada para morir por su amor mil veces, antes que ofenderle.

El segundo modo de orar es la gran contemplación, en la cual cesan ya los discursos y consideraciones, gozando ya el alma de lo que tanto deseaba, que es de su Dios, con grandes visitas de su amado, hallándose los dos a solas, estando el alma con su Dios muy levantada en espíritu como en otra región, gozando a solas de su Dios, tan olvidada de lo que acá abajo, y de sí, como si allá la hubiera plantado Dios el día que nació, y no en el mundo, no se acordando de otra cosa, sino de lo que presente tiene, que es su Dios y amor. Y por ser este Señor de infinito

valor, la hace olvidarse de sí y de todas las cosas criadas de acá abajo, toda puesta en su Criador presente a ella, y ella a él.

En la oración busca el alma lo que desea, como es el amor de Dios y otras cosas de perfección, con discursos y santas consideraciones; y en la contemplación goza quietamente lo que buscaba, que es a su Dios y amor, con grandes deseos de su amor; y así paran todos los discursos, y el alma admirada de cosa tan alta y divina y amable como Dios es y las cosas que la comunica, está toda tan en Dios y en lo que la comunica, que no sabe por entonces ni entiende otra cosa sino lo que su amado allí la enseña y comunica; y ni sabe ni puede entender otra cosa sino estar toda en todo olvidada de sí y de todas las cosas de esta vida: lo cual lo causa la grandeza de la cosa que lo causa que es su Dios, que la suspende en tan grande admiración, que sale de sí, toda puesta en el amor y conocimiento del que tanto ama y presente tiene, como si no hubiese más de ella y su Dios en el cielo y en la tierra. Y aquí se ceba con tan alto convite como éste, dándose el alma a su Dios, y él a ella con abrasamiento de amor: y esto todo es como una disposición que la da Dios para la prueba que ha de venir, para que con ella actualmente ame e imite al Hijo de Dios crucificado y no consolado.

Pero hase de advertir, que no se ha de entrar ella a esta alteza de contemplación divina, si no la mete el mismo Dios: de condición que el alma estando en su oración retirada, volviéndose delante de su Dios al abismo del no ser, con profunda humildad esté delante de su Dios, en alta elevación en su Dios con humildísima adoración interior, ejercitando los actos de amor a su Dios, para que por este camino la abrase en su divino amor. Porque mientras más fuertemente el alma ama a su Dios; más altamente y más cerca de sí siente a su Dios, y más cerca de sí le tiene por alto conocimiento y abrasado amor; y así la voluntad toda se entrega en la contemplación y amor de su

Dios, y estando tan ocupada y anegada y escondida en su Dios, no sabe de sí; donde entiende tanto que no lo sabe decir, y allí habla sin hablar, y oye sin escuchar y sin ruido de palabras, viéndose en otra region ya olvidada de sí y de todas las cosas de acá abajo.

Y así de tal manera ha de estar el alma metida y anegada en el abismo de su Dios, que es infinito, amándole, que por todas partes ninguna cosa vea ni oiga ni guste sino a su Dios; porque metida en el abismo de este Señor, que es amor, se esté quemando como la leña en el fuego, pero sin consumirse, pero perfeccionándose en el amor y en toda virtud, consumiéndose allí todos sus vicios y pasiones, como en el fuego la leña. Y si este Señor se le comunica tanto al alma, gran parte de este amor la cabrá, pues está metida en el infinito fuego de amor; experimentará (como Dios ama las almas que se le dan y entregan), grandes gustos y regalos, deleites, júbilos y consuelos divinos: porque así como el fuego alumbraba y calienta tanto, así este fuego de amor del cielo alumbraba las almas y las abrasa en amor del mismo Dios: pues siendo tan grande este fuego de amor, ¿qué luz tan resplandeciente le cabrá al entendimiento para conocer a su Dios, para saber parte de los secretos y de las cosas espirituales? Dígalo quien lo gusta, si acaso lo sabe decir, como lo sabe gustar; porque como es otro lenguaje el de allá, no se sabe declarar con el lenguaje de acá; y así no lo entenderá otro que el que lo gusta, ni lo atinará: y estos son los amadores de la cruz de Cristo y su imitación.

Es de tan alto valor esta lumbrera que del cielo viene al alma, que la descubre a su Dios para que le conozca, y del conocimiento resulta en amor, y del amor en más conocimiento de Dios. Y así el conocimiento de Dios y su amor andan a porfía, dando el amor luz al entendimiento para conocer las grandezas de Dios, y el entendimiento da a comer al alma lo que conoce, y así se abrasa en el amor de su Dios; del cual amor

resulta en otro nuevo conocimiento al alma, y de este conocimiento en mayor grandeza de amor, y así se hacen la salva el uno al otro, y se pagan como agradecidos.

Pues si así va, ¿a dónde llegará este conocimiento y amor tan grande, sino a aquel que dijo San Pablo que la muerte ni la vida ni ninguna criatura le podría apartar de la caridad de Dios? Pues si este conocimiento es de tan grande valor, ¿qué parte le cabrá al alma con este conocimiento del conocimiento de sí misma? Pues en estos dos conocimientos consiste gran perfección, porque del conocimiento de Dios viene el alma a amar altamente a su Dios, y de este amor y conocimiento sale el temor santo de Dios, temiendo el alma de perder y enojar a quien tanto ama; teme no ofenda a los ojos de un Señor a quien tanto debe amar, servir y serle agradecida; recélase siempre no enoje a un Señor tan bueno y que tanto merece ser servido; y todo sale de amor. Mírasele a él el alma, y mírase a sí también; por el cual camino se conoce tanto, que viene al conocimiento del abismo del no ser.

Estas dos virtudes, humildad y caridad, siempre andan juntas. San Anselmo dice no ser otra cosa la contemplación divina sino un heroico enajenamiento del alma, y así necesario le es enajenarse de sí el que quiere subir sobre sí; porque cuanto más el siervo de Dios se extraña y aleja de lo que es, es a saber, que se aparta y aleja de la vida y condición de hombre, entonces se halla subido a lo que no es, es a saber, a la vida y condición de ángel.

Orar en perfección y tomar gusto en la contemplación es un gusto tan excesivo y es un oficio tan grande, que nadie merece subir aquí si no es el corazón que no tiene parte en sí, por estar todo dado a su Dios y desnudo de todo amor propio, terrenal y carnal, estando el alma toda enajenada de sí y entregada a su Dios.

Séte decir, hermano mío, que nunca supe qué cosa era ser

contemplativo, hasta que de mí no tuve ningún cuidado; y a la hora que a mí mismo despedí de mí mismo, luego comencé a tomar en la oración gusto.

Son tan altas las iluminaciones que se reciben allí, y tan inefables las consolaciones, que si se dejan gustar, no se pueden contar.

Resta, pues, para despertar al alma en el amor de Dios, usar de algunas devotas y amorosas palabras y humildes, como decir: "Amado de mi alma, abrásame en tu amor. " --"Amado y querido mio, sírvante tus criaturas." --"Conózcate a tí, Señor mío, y conózcame a mí". --"Amado mío, tú todo mío, y yo todo tuyo." Y particularmente valen mucho aquellas con que el alma más gusta y halla más fruto, y se enciende en más amor de Dios, procurando el alma de andar elevada y atenta en su Dios, para que viva tan encendida en el amor de su Dios que no pueda pensar sino en él o de él, o por él, ni hablar sino de él, ni obrar sino por él, para que la haga tal que él sea el que mire por sus ojos, y hable por su boca, y oiga por sus oídos, y obre por sus manos, de manera que el alma y el cuerpo no sea otra cosa sino un instrumento movido por las manos de Dios, porque así viva el alma toda elevada, embebida, empapada, anegada, escondida, trasladada y transformada en su Dios y de él poseída, para que ya como cosa propia suya disponga y haga de ella siempre a su voluntad en todas las cosas prósperas y adversas: porque así siendo tan de Dios el alma y no suya, viva vida pacífica y sosegada y quieta a gloria del Señor que la dió el amor.

Esta humildad y caridad está muy bien dibujada y pintada en la reina Esther, cuando quiso librar a los judíos de tan gran trabajo, que a todos los querían matar, y movida de caridad y compasión la reina se atrevió a ir a hablar al rey Asuero, aunque tan a riesgo de su vida: y para ello tomó una criada o doncella que la acompañase, en la cual se sustentaba. La cual es figura de la humildad que sustenta todo el edificio espiritual que no se

caiga; como Esther es figura de la caridad. Cuando la reina entró delante del rey, amorteciéndose de ver la cara del rey en su trono, y el rey la tocó con la vara, consolándola, y la dijo que no temiese que la pena que había puesto no estaba puesta para ella; y así volviendo en sí, habló con el rey, y alcanzó de él todo lo que deseaba en favor de los suyos.

Pues la caridad es la reina que habita en el alma, y esta caridad es vida del alma, así como el alma es vida del cuerpo: esta alma va a hablar al rey Asuero, es a saber, al rey del cielo, su amado; lleva esta alma consigo una criada o compañera que la sustente porque no caiga y esta es la gran virtud de la humildad: y como esta tal alma esposa de Cristo va con esta compañera a hablar al rey del cielo, como lleva consigo esta criada del humilde conocimiento propio, y ve y conoce a aquel gran Dios a quien va a hablar, desfallece en su presencia, perdiendo los sentidos, viendo con grande admiración, aquella tan grande Majestad de Dios junto a ella tan baja: y como ella con su tan grande humildad desfallece de la grande admiración a que viene del conocimiento de su Dios, este Señor la levanta y consuela, como lo hace siempre con los humildes, y oye sus oraciones y la concede todo lo que pide, como hizo el rey Asuero a la reina Esther, y su tristeza vuelve en consuelo y alegría, como le sucedió a Esther, porque aquella ley de muerte no la tiene Dios puesta para los humildes, sino para los soberbios; como el rey Asuero que no la tenía puesta para la reina, sino para los otros, que con su soberbia entrasen a donde él estaba.

Esta tal alma tan enamorada de su Dios descansa en su santa voluntad; y el que descansa en la voluntad de su Dios no tiene ansia de cosa de esta vida, porque el mismo Dios tiene cuidado de ella, y ella solo le tiene de contentarle a él. Y así no tiene más cuidado de sí que un niño muy amado de su padre, el cual es muy rico y poderoso: el niño no tiene ansia ni cuidado de cosa de esta vida, ni le pasa por el pensamiento; y así su padre

tiene entero cuidado de él, como aquel que tanto le ama. El descansar el alma enamorada en la voluntad de Dios es la suma paz, pues gusta de lo que Dios hace y ordena de ella: bien sabe el alma que en este descansar y no querer otra cosa sino la voluntad de Dios, está todo su bien, y que Dios tiene cuidado de ella.

Dice San Gregorio de la caridad, que pertenece en su manera a todos los que en este mundo arden en el amor de Dios, por estas palabras: "Hay algunos, que encendidos sus corazones con la contemplación de las cosas celestiales arden en el deseo de solo su Criador: ninguna cosa de este mundo desean, y con sólo el amor de la eternidad se sustentan: desprecian todas las cosas, traspasan con el espíritu las cosas temporales, aman y arden, y en ese mismo amor descansan; amando, arden; y hablando, encienden a los otros: ¿pues cómo llamaré a éstos, sino serafines, cuyo corazón convertido ya en fuego, resplandece y abrasa? "

La caridad hace al hombre vencedor en todas las tentaciones, y es muy delicada batalla triunfar de todos los vicios con la dulzura del amor. Parece el amor de Dios con el mismo Dios en las propiedades y noblezas que tiene muy conformes a las de Dios. Porque el amor es noble y generoso, es sabio y hermoso, es obrador de grandes cosas; es dulce, fuerte, fructuoso, sencillo, casto, inexpugnable y vencedor de todas las cosas; es alegre y admirable. El corazón del que perfectamente ama, siempre piensa en amor y siempre habla de amor, Él recoge la memoria, acordándose siempre del amado: esclarece el entendimiento al gran conocimiento y estima de Dios, y al gran menosprecio de todas las cosas del mundo y de sí mismo; inflama la voluntad al alma en el amor de su Dios ya conocido; roba los sentidos la gran fuerza del amor, anegándose en su Dios; santifica el alma, y purifícala y límpiala la fuerza del amor de las manchas de sus pecados; y llega a tanto, que

transforma todo el hombre en Dios: esta caridad hiere y traspasa el corazón; porque así como el que está herido no puede dejar de estar pensando en el dolor, así el que está herido con este amor no puede dejar de pensar en lo que ama.

Estos gozan de una maravillosa tranquilidad y libertad de ánimo, la cual nos levanta sobre todos los cuidados y perturbaciones del mundo, y sobre todos los temores de la muerte y del infierno, y sobre todas las calamidades que se les pueden ofrecer en este mundo; porque confiados y abrazados con Dios, todas las cosas tienen debajo de los pies, y ni la compañía de los hombres ni las ocupaciones exteriores los apartan de la presencia interior de Dios, porque ya están habituados a conservar la unidad del espíritu en la muchedumbre de los negocios: los cuales, como están dentro de sí, tan ocupados y tan unidos con Dios, andan como fuera de sí, viendo las cosas como ciegos, y oyendo como sordos, y hablando como mudos; porque trasladado todo su espíritu en Dios, andan entre las criaturas como si estuviesen fuera de ellas. De esta manera viven una vida angélica sobrenatural, por la cual se pueden llamar ángeles de la tierra, pues conversando con sólo el cuerpo en la tierra, todo lo demás está en el cielo: tal fue el espíritu, la vida y conversación de todos los Santos.

Es de notar, que no cualquier grado de caridad basta para dar al hombre esta paz interior, sino la perfecta caridad. Por lo cual es de saber que esta virtud así como va creciendo en el alma, así va obrando mayores y más excelentes efectos. Porque primeramente, ella cuando Dios lo ordena trae consigo un conocimiento experimental de la bondad, suavidad y nobleza de Dios, del cual conocimiento nace una grande inflamación de la voluntad, y de esta inflamación un maravilloso deleite, y de este deleite un encendidísimo deseo de Dios, y del deseo una nueva hartura, y de la hartura una embriaguez, y de ésta una seguridad y cumplido reposo en Dios, en el cual nuestra ánima descansa.

Pues de esta tan grande seguridad y confianza nace la tranquilidad del alma, que es un cumplido reposo y una holganza espiritual, un silencio interior, un sueño reposado en el pecho del Señor; y es finalmente aquella paz que el Apóstol dice que sobrepuja todo sentido, porque no hay seso humano que baste a comprender lo que es, sino aquel que lo ha probado.

Y la felicidad de estos dos postreros grados prometió el Señor a sus escogidos por Isaías, cuando dijo: "Asentarse ha mi pueblo en la hermosura de la paz, y en los tabernáculos de la confianza, y en un descanso cumplido y abastado de todos los bienes. ¹" Este es el reino del cielo en la tierra y el paraíso de deleites de que podemos gozar en este destierro".

La perfecta caridad en esta vida es aquella que poderosamente resiste y despidе de sí todo lo que entibia y aparta al alma de este actual amor de Dios, que son los pecados y todos los otros impedimentos, que por parte del amor propio la hacen divertir de la continuación y ejercicio de este amor. De manera que cuanto la afección de la caridad estuviere más inflamada y más unida con Dios por actual amor, tanto resiste más fuertemente a todos los otros peregrinos amores que la apartan de este amor, y tanto será ella más perfecta, como más semejante a la de aquellos soberanos moradores del cielo, que siempre, ya actualmente con todas sus fuerzas arden en el amor de Dios. Dice San Bernardo, para alcanzar este amor, así: "Muera, Señor, mi alma no sólo muerte de justos, sino también de ángeles:" conviene a saber, que esté tan muerta el alma a todas las cosas del mundo y tan fuera de ellas, como lo están no solamente los justos, sino también los ángeles, si esto fuese posible.

Este amor llaman los Teólogos Místicos *unitivo*, porque su naturaleza es unir de tal manera al que ama con la cosa amada,

1 Is. XXXII, 18.

que no halla reposo fuera de ella, por lo cual siempre tiene el corazón puesto en ella.

Para lo cual conviene que el principal estudio del siervo de Dios sea trabajar todo lo posible porque su ánima esté siempre unida con Dios por oración, contemplación y actual amor. Ha de asentar, pues, el siervo de Dios en su corazón con grandísima determinación, que el principal fundamento de su vida es esta comunicación y trato familiar con Dios, creyendo que este es su tesoro y todo su caudal, y que cerados los ojos a todas las cosas y puesto debajo de los pies todo lo demás, trabaje por emplearse siempre en este amor de Dios: porque sin duda este es el fin para que fué criado, y esta es la mejor obra de cuantas puede hacer un cristiano, y esta es la mejor parte que escogió María; y esta es la que entre todas las cosas de la que Dios más se sirva; y esta es obra de la vida contemplativa, que es más perfecta que la activa; y aquí finalmente se ejercita nuestro corazón en el amor actual de Dios, que es la mejor de todas nuestras obras, como dice Santo Tomás, que la interior afección de la caridad es el más excelente acto y más meritorio de cuantos el hombre puede hacer. Dice San Agustín, que la ponzoña del amor de Dios es el amor propio, y la perfección del amor de Dios es la mortificación de este amor, porque aquel será más santo que mejor pelear consigo mismo, y se venciere.

Pues se ha dicho algo de la oración y contemplación de las cosas divinas y de la unión y transformación del ánima en Dios, será bueno que también se diga algo y breve de la oración y contemplación de las cosas humanas con Cristo Nuestro Señor.

Pues la oración es considerar el alma, puesta delante de Cristo Nuestro Señor, los muchos y grandes beneficios y mercedes que este Señor la ha hecho, y el amor tan grande con que se los ha hecho, y lo mucho que por ella, siendo Dios, ha padecido de amor desde que nació hasta que murió: para que por este camino se encienda en amor de tal Señor, que tal ha hecho por

ella, y se despierte como agradecida a le servir con todas sus fuerzas y amar con todo su corazón y a le imitar todo lo posible, respondiéndole a las mercedes con grande amor, servicio y agradecimiento y grandísimos deseos de padecer mucho por su amor.

Por estas y otras consideraciones viene el alma a encenderse mucho en el amor de Cristo; y por este camino la comunica la contemplación, cesando ya los discursos. Porque los discursos son el camino para ella, y en llegando a este término y fin, cesan ellos. Porque ellos son como uno que apareja para un su amigo una sabrosa comida; que después de aparejada, solo se ocupa en comerla: el alma apareja con las consideraciones una sabrosa comida para sí, y después en la contemplación la come, cebándose el entendimiento y voluntad en ella con grande gusto que Dios allí la da, y conocimiento grande de sí mismo.

CAPÍTULO VI

De la unión, contemplación y transformación del alma en Cristo Nuestro Señor

Pues esta contemplación, unión y transformación del ánima en Cristo es cuando mirando a este Señor enclavado en la cruz todo corriendo sangre y lleno de dolores, considerándole que aquel Señor es Dios y que todo aquello padece por ella, muévase a tanto amor suyo, con la gran fuerza del amor con que le ama, que vienen a cesar los afectos y consideraones del alma, con el grande amor que le ha cobrado, como piedra imán le trae a sí, y como se aman tanto el uno al otro, viene este Señor al alma,

dejándose llevar de buena gana de su amada, que tanto le ama, y aposéntase este Señor a ella, con la cual asistencia la comunica de lo que es y de lo que tiene, como es, amor sumo y trabajos y muchas virtudes; y así cuando viene este Señor a ella, en un punto con su venida con el amor grande que la tiene la hinche de dones, y vienen a cobrar los dos, el uno con el otro, tanta amistad, que los dos son de un corazón y voluntad; y estando él en ella, está llena de Dios y está endiosada: la cual habitación de Cristo en ella se siente sensiblemente por la misma alma en gran manera, por la grande abundancia de su gracia que causa sensiblemente su presencia en ella, aunque no le vea: como cuando uno tiene una recia calentura, que no ve corporalmente la fiebre y calor, pero siéntelo.

Y con esta comunicación que este Señor tiene allá dentro con ella y ella con él, está transformada en él, lo cual causa el amor de los dos: y así el alma no mira a su amado Jesús de fuera, sino dentro de sí, por tenerle y sentirle todo en todo su cuerpo, gozando de él y de todo lo que en sí misma le comunica de sí mismo, particularmente de sus dolores y trabajos. Porque como está en ella, vístela de esta librea de sí mismo; como el sol que embiste una nube, que la comunica de su grande resplandor y hermosura. Ya no discurre, por tener consigo lo que buscaba, que era a su amado Jesús; y así están los dos en uno amándose el uno al otro y gozando el uno del otro, ella con él y él con ella, transformándola en sí mismo, dándose el uno al otro todo lo que tiene y todo lo que es, como buenos amantes. ¿Quién sabrá decir lo que aquí en esta contemplación pasa entre Cristo y el alma a sus solas, y las grandes cosas que de sí mismo la descubre por claro conocimiento sin ruido de palabras, y el gran gusto que recibe con la presencia de su amado? Sola la que lo gusta lo sabe, sin saberlo decir, sino gustar.

CAPÍTULO VII

De cómo el alma habita por gran contemplación en el Corazón de Cristo, y él la mete, de amor grande que la tiene, dentro

Pues puestos el alma enamorada de Cristo los ojos en el santísimo rostro de Jesucristo crucificado, ve en él como en un espejo los grandes e inmensos trabajos que de amor padece en su alma y Corazón por ella; porque las nuevas de lo penoso que pasa dentro de su Corazón luego salen al rostro, el cual da noticia de lo que hay allá dentro; y mirando el alma a este Señor en la cruz con grande sosiego y humildísima reverencia su santo rostro tan triste y amarillo, y sus ojos tan turbios, coronado de espinas, y todo corriendo sangre, y él todo de pena y tormento tan desfigurado, que apenas la Madre Santísima que le parió le podría conocer; compadeciéndose el alma devota de él, vase a la fuente de donde salen tantos trabajos, que es el Corazón de Cristo; o que Cristo la lleve desde esta consideración consigo allá dentro en su Corazón, y allá metida en el Corazón de Cristo, en aquel mar de tribulación y trabajos que hay allá dentro, hácele compañía, dándola este Señor parte de ellos como a querida y amada suya: allí la viste de ellos: y como aquel santo Corazón está hecho un fuego de amor, allí la está abrasando en fuego de amor toda, que llega a tanto el amor que allí se comunica del mismo Señor, que la transforma en sí mismo, como lo hace el fuego material, de que es grande, al hierro, que le enciende tanto que parece ser fuego, por la grandeza del fuego que tiene dentro que le ha transformado, siendo hierro, en fuego.

¡Oh con cuánto amor que el Señor la comunica este abrasado amor y parte de sus trabajos! Y ella lo recibe allá dentro, los dos

a solas sin ruido de palabras se hablan a solas el uno al otro, como una esposa con su esposo, los cuales se tratan muy familiarmente, dándose cuenta de sus trabajos. Pues, ¿qué dirá este Señor al alma su amada allá dentro? y ¿qué le responderá ella? --"Por tí, amada y querida mía, padezco esto todo con tan gran amor como ves, para que tú me invites en la vida y en el padecer por mi amor, como yo lo hago por tí" ¡Oh gran Dios, y qué abrazos tan sabrosos de amor de los dos que habrá allá dentro tan apretados! ¡Qué abrasamiento tan grande que causa esta tan grande unión y transformación del ánima en Cristo crucificado, viéndose ella empapada en sus dolores y abrasada en su amor! El cual es tan grande, que la mueve no sólo a los abrazar, pero a tenerse por muy dichosa que el Señor se lo comunique: y comunícale de una vista de tantos como fueron, como si cada uno por sí los viera, cada uno por sí; y así ella está en Cristo por amor abrasado, y Cristo en ella, comunicándosele altísimamente.

¿Quién sabrá decir el grande amor que hay dentro de Cristo y entre los dos, y el entregamiento del uno al otro, y todo de amor, dando el uno al otro todo lo que tiene y todo lo que es, y pidiendo el uno al otro todo lo que tiene y todo lo que es? ¡Qué grande soledad de los dos que hay aquí! Tan grande, que llega a tanto, que el alma no se acuerda de sí, sino que toda está puesta en el amor de Cristo y tan ocupada en él, que no se puede acordar de sí, por estar toda puesta en su amado, compade-ciéndose de sus muchos trabajos que por ella ve que padece, y todo de amor, imitándole allí en el amor y en el padecer, metida toda en el retrete del Corazón de Cristo, gozando allí dentro de lo que este Señor, que tanto la ama, la comunica de sí mismo, vistiéndola toda desde los piés a la cabeza de sus tan grandes dolores y trabajos,

Este tan alto modo de orar se llama contemplación, la cual se alcanza con los discursos del misterio; y cesando, contempla el

alma con grande admiración y sentimiento de lo que en ella Cristo Nuestro Señor la comunica, hallándose el alma con su amado en silencio, Dios y el alma, gozando ella de su Dios.

Pues, puestos el alma sus ojos en el dulce Jesús allá dentro de su afligido Corazón, y lleno de tormentos, y todo corriendo sangre, coronado de espinas y enclavado en una cruz, le responderá lo que sigue: ¡Oh mi Señor! que por mí, Dios mío y amado mío, padecéis tanto, siendo la Majestad de mi Dios! y que por mí, vilísima criatura, hagas tanto, como es, darte todo por mí en una cruz, lleno de dolores y tormentos, rescatándome tan a costa tuya, siendo tú el Hijo del eterno Padre y gloria de los ángeles, por una criatura tan baja, tan mala tan desagradecida, merecedora de las penas eternas del infierno! Pues que vos, Dios mío, habéis hecho tanto por mí, ¿qué haré yo, pobre mendigo y abismo de la nada, por vos, Dios mío, para que, pues tanto vos habeis hecho por mí, siendo Dios, os responda con algunos servicios a tan grandes mercedes? Porque si yo tuviera mil vidas y todas os las diera en agradecimiento, era poco: y si yo os sirviera y amara como todas las criaturas, aún era poco; pues la deuda y obligación que os tengo, Dios mío, es tan grande, como es haberos dado todo en la cruz por mí, lleno de dolores y tormentos, y todo de amor. Pues, Señor mío y Dios mío, con todo el amor que yo, pobre y nada, puedo en hacimiento de gracias os ofrezco a mí mismo, pues no tengo otra cosa que vos más querais que os ofrezca: así que, Señor mío, yo os ofrezco a mi mismo, es a saber, mi alma y cuerpo con todo mi corazón, en hacimiento de gracias por los muchos e inmensos beneficios y mercedes, que de tu Majestad yo, indigna criatura tuya, he recibido. Y si yo tuviera el amor todo que tienen todos los bienaventurados, todo le ocupara en amaros. Y si tuviera todas las fuerzas de todas las criaturas del cielo y de la tierra, con todas me empleara en servirlos y agradecerlos lo mucho que os debo, y con todo me llamara, y con la verdad,

siervo inútil. Y si tuviera las vidas de todos los nacidos, todas os las ofreciera en hacimiento de gracias, y con todas ellas os sirviera. Y puesto que no tengo más de una, yo os la ofrezco con estos tan grandes deseos a Vos, mi dulce Jesús, que con el Padre y con el Espíritu Santo vives y reinas para siempre jamás. Amén.

CAPÍTULO VIII

**De cuatro puntos de gran valor, que el alma
puede considerar para venir con ellos a
alcanzar la alta contemplacion en cual-
quier misterio de la pasión de
Cristo Nuestro Señor**

El primero es, que puestos sus ojos el alma muy atentamente en su amantísimo Jesús, enclavado en una cruz y coronado de espinas y todo lleno de dolores y tormentos desde los pies a la cabeza, todo corriendo sangre: y visto lo mucho que padece en el alma y en el cuerpo, puede considerar quién es aquel Señor que padece en aquella cruz: el cual verá ser el Hijo de Dios hecho hombre, la hermosura de los ángeles, bondad infinita y gloria de todos los bienaventurados, la majestad infinita de Dios, la riqueza y valor de Dios el que crió de nada los cielos y la tierra solo con quererlo con su gran poder, el que crió la mar, sol y luna y las estrellas y todas las criaturas del cielo y de la tierra: este Señor es la sabiduría del Padre, el ser infinito de Dios.

Y con cualquier consideración de éstas de Dios o de otras semejantes, con grande admitación quedarse el alma atónita, pasmada y admirada de hecho tan admirable de Dios y de su infinita bondad y amor. Que este tan gran Dios padezca, y de buena gana, y con tan grande amor, por los hombres ingratos y malos; ¿quién no sale de sí de admiración, quedándose con su Dios abrasado de amor de un hecho tal y tan grande, quedándose el alma con sola esta palabra de admiración: ¡Que Dios padezca por mí! Porque cesando aquí los discursos, se quede con la gran luz que Dios la dará y comunicará al alma de este hecho divino de amor tan grande que Dios obra, y de un ilustradísimo conocimiento que la dará para que conozca qué cosa es Dios y quién es Dios que tal obra por mí, según en ese valle de lágrimas se puede conocer. La cual visita toda es de Dios para obligar al alma a que imite a su Señor en la vida cuanto le sea posible; y en el padecer y en el amor sin modo por la grandeza del amor.

El segundo es, considerar el alma qué es lo que este Señor padece, siendo Dios. Puestos sus ojos con atención en él, ha de considerar el alma cómo toda la vida fue para él una perpetua cruz y muy grande, pues que desde el instante de su santísima concepción tuvo presentes todos los trabajos que por los hombres desagradecidos había de padecer: y así padeció muchos mientras vivió. Pero viniendo a contar algunos de los de su santísima pasión, se ha de considerar cómo desde el Huerto luego que fue preso, fue atado por los sayones y de ellos fue con gran crueldad abofeteado, escupido, acoceado, arrastrado, con grande enojo que concibieron con él, haciéndole muy malas obras por las muchas buenas que él les había hecho. Fue llevado de juez en juez, maltratándole, por las calles; fue cruelmente azotado como si fuera malhechor, siendo Dios; burlábanse de él vistiéndole vestiduras de loco por menosprecio; coronáronle de una corona de espinas, con la cual pasó terribles dolores; fue

llevado, como si fuera malhechor, por las calles a crucificar con pregón; enclaváronle en una cruz con grandes y horribles tormentos que pasó, estando todo corriendo sangre y lleno de llagas de los azotes, y desde los pies hasta la cabeza todo estaba atormentado. Y la vista de su afligidísima Madre que le era otra cruz muy amarga: de condición que hasta que espiró en la cruz toda su vida fue una grande cruz y todo de amor por los hombres desagradecidos, los cuales no merecían tan gran beneficio, sino castigo por sus pecados; pero este buen Señor ofrecióse él de su voluntad, y todo de amor, por ellos, dándoles tan grandes bienes sin merecerles ellos: adonde se descubre su infinita bondad y amor, pues se dio a sí mismo con tantos trabajos por el remedio de ellos.

El tercer punto es, considerar por quién padece tanto este Señor del cielo y de la tierra: mirándole con atención enclavado en la cruz todo corriendo sangre; y verá que por los mismos que le crucifican y atormentan, por los que le escupen en la cara, por los que le blasfeman, por los mismos que le persiguen, por los que le azotan con tan grande crueldad y derraman su santísima sangre, por los mismos que le coronan de espinas dándole tan grandes dolores, por los mismos que le crucifican con tan grande crueldad, por los malos, por los pecadores, por las criaturas tan viles y tan malas. ¡Oh bondad de Dios! ¡Oh maldad de la criatura! ¡Qué tal haga Dios por ella mereciendo castigo y la ira de Dios, y que no la castigue sino que padezca Dios la pena de su culpa! ¡Que tal haga Dios por ella, padeciendo por ella, y que tal haga la criatura contra su Dios, que le ponga en una cruz atormentándole con sus pecados! ¡Que Dios une conmigo de tanta bondad, y yo con él de tanta maldad! Y cada uno puede decir a su Dios: ¡Por mí, Dios mío, padeces tanto! Que salga el alma de esta consideración tan grande tan admirada de amor tan grande y obra tan alta como esta que Cristo ha hecho por el hombre, que el alma salga de sí de

admiración y de amor tan grande que cobre al mismo Cristo; quedándose con esta palabra, cesando ya los discursos, gozando de lo que Dios por ella la comunicare del conocimiento del mismo Cristo y del alma, quedando tan enamorada de él, que quede determinadísima de padecer todos los trabajos, que en esta vida la vengan, por su amor, como él hizo por ella, redimiéndola tan a costa suya.

El cuarto punto será, que el alma considere a su Señor atado en la columna, recibiendo por ella tantos y tan grandes trabajos como de la mano de aquellos sayones tan crueles recibe, y el amor tan grande con que los recibe ella, que es infinito. Y así no padeció este Señor por nosotros con amor de ángeles, no padeció con amor de arcángeles, no con amor de tronos, no con amor de dominaciones, no con amor de las potestades, no con el amor de los abrasados serafines, no con el amor de todos los cortesanos del cielo; porque todos estos amores juntos son pequeños y corto amor en comparación del muy subido amor con que Cristo padeció por el hombre. El cual amor es amor de Cristo Dios y hombre, y así fue infinito su amor, porque era Dios el que con tan grande amor padecía por sus criaturas.

¡Oh! ¡cuánta obligación que tenemos de amar con todo nuestro corazón a este Señor que tanto nos ama! Pues ¿cómo seremos agradecidos a tan grande amor? ¿cómo serviremos tan grande beneficio? ¿cómo satisfaceremos a tan gran deuda? Pues lo que quiere este Señor es que hagamos con él lo que él hizo con nosotros, que es que se dio todo por nosotros en la cruz, y de amor tan grande, para que nosotros le imitemos en el amor y para que nosotros nos demos y entreguemos a él como él por nosotros, que todo se dio de amor, y se entregó a la cruz. Porque esto es lo que le agrada más, este amor atribulado, padeciendo en cruz por el amado, y esta es la prueba del amor, y éste darnos a él del todo y entregarnos a su Majestad, como él se dio de amor por nosotros todo. Esta es la bondad de Dios, que Dios

haga tal por mí, para que yo me encienda en el amor de quien con tanto amor por mí tanto ha hecho, para que así viva abrasado en amor de un tan buen padre y señor. Pues ¿qué haré yo por un Señor tan bueno, que tanto ha hecho por mí? Lo que será bueno es lo dicho, imitando a este Señor en la vida, y en el amor, y en el padecer con amor y por amor, como él lo hizo; viviendo como él, y amando como él, y padeciendo por él.

CAPÍTULO IX

Del fruto que se saca de este árbol y verjel divino de la vida, y pasión e imitación del Hijo de Dios

Pues el gran fruto celestial y divino, que se saca del verjel celestial de la vida, y pasión e imitación del hijo de Dios Nuestro Señor, es este que se sigue, con el cual el alma, comiendo de él, viene a hacerse a la condición del mismo Cristo. Porque de aquí saca el alma para sí grande y profunda humildad, una grande y mansa paciencia, manteniéndose de esta fruta que da: de aquí saca una grande limpieza de alma y de todo pecado, y una grande pureza de intención buscando en todo solo la gloria de su Dios, y una grande simplicidad y silencio, y una gran fortaleza con la cual vence a todos sus enemigos, demonio, mundo y carne; y una castidad angélica: también saca gran sabiduría, prudencia y discreción para conocer el buen espíritu y el malo, y las cosas espirituales: también sacará el santo temor de Dios, también el menosprecio de sí y de todas las cosas del mundo, también el vencimiento y desnudamiento de todo su amor propio. De aquí sacará todos los

bienes; de aquí sacará la obediencia y la resignación; de aquí la viva fe y la gran esperanza y confianza; de aquí la abrasada y perfecta caridad; de aquí toda la cumbre de la perfección que se puede alcanzar; de aquí se sacará la cumbre de la paz del alma; de aquí la continua oración y mortificación, siguiendo a este Señor; de aquí alcanzará de su Majestad mucha gracia y amistad con él, y él dará al alma, porque le sigue negándose a sí misma acá en la tierra por su amor, grande gloria allá en el cielo; y de aquí saca el estar muerta a todas las cosas de esta vida y a sí misma, y viva a solo su Dios y amor.

Este es el espejo que hemos de tener siempre delante de nuestros ojos para mirarnos en él, a Cristo crucificado, para le imitar. Conviénemos, pues, para imitarle, padecer por su amor y negarnos y tomar nuestra cruz para entrar en el cielo, y pelear el hombre consigo mismo, negándose, y seguir al crucificado, so pena de no ser discípulo de Cristo. Porque las virtudes se han de alcanzar con el ejercicio de ellas, como nos lo enseñó Cristo; y este ejercicio es peleando el alma contra sus contrarios, que son los vicios.

Y así desde la cruz este Señor nos enseñó cómo hemos de ser santos, cómo nos hemos de ejercitar en las virtudes, cómo las hemos de alcanzar, que es peleando contra nosotros mismos, negándonos porque sin esta pelea y negación no hay santidad en el alma, no hay ganancia, ni virtudes, ni victoria, ni imitación de Cristo, ni caridad, ni agradar a Dios, ni alcanzamiento de gracia, ni corona de gloria. ¡Oh cuántos trabajos que le costó a Cristo el enseñarnos por obras padeciendo como por palabras este camino del cielo! porque de veras nos desengañásemos y conociésemos esta tan grande verdad, y conociéndola la abrazásemos y ejercitásemos, y fuésemos semejantes en algo los siervos al Señor, y le acompañásemos acá con cruces, para que allá le adorásemos en el cielo con grande gloria. ¡Oh quién fuese tan dichoso, que Dios le metiese a conocer los grandes

tesoros y riquezas que dentro de esta cruz de trabajos y contrición y dolor verdadero y lágrimas de haber ofendido a Dios están encerrados; y se los diese a ver con aquella luz divina que suele comunicar a los que lleva por este camino dichoso! Oh! váleme Dios! ¡de qué de muchedumbre de engaños sería libre! que so color de virtud y bien engaña muchas veces Satanás, transfigurándose en ángel de luz: ¡de qué de dudas, que trae consigo el amor propio, sería libre! ¡qué de secretos espirituales sabría! ¡cómo se le comunicaría Dios tan altamente y qué de secretos le descubriría! Y así el alma desengañada diría: "No hay otro Dios por cierto sino mi Señor Jesucristo," que con el Padre y con el Espíritu Santo vive y reina para siempre jamás. Amén.

Coloquio del alma enamorada de Cristo con el mismo Cristo

¡Oh mi dulcísimo Jesús, amores de mi alma y telas de mi corazón! Quién, Señor, habrá que no quiera muy de buena gana padecer penas y tormentos por tu amor, pues tú por el mío tantas pasaste, Dios mío? Oh penas, ¿a dónde os habéis ido?, que yo os espero para que hagáis morada en mi corazón: porque yo con ellas me recreo, y me iré al Corazón de mi Jesús crucificado a hacer morada en él con ellas. Oh tormentos, ¿qué hacéis, que no venís sobre mí, que os aguardo, los brazos abiertos, para gozar de vosotros con mi Jesús atormentado? Oh deshonras, ¿por qué me olvidáis, que yo no os olvido a vosotras, por lo mucho que os amo, para verme con ellas abajado con mi Jesús y humillado? Oh millares de muertes afrentosas, ¿cómo no venís sobre mí, pues tanto os deseo continuo, para hacer sacrificio de mí a mi dulce Jesús?.

Venid, pues, todos los géneros de trabajos, que en el mundo hay, sobre mí, porque este es mi consuelo, padecer por Jesús;

ésta es mi alegría, seguir a mi Señor y consolarme con el consolador crucificado; este es mi contento, este es mi deleite, vivir con Jesús, andar con Jesús, tratar con Jesús; padecer con él y por él, éste es mi regalo.

Por tanto, consuélennme todas las criaturas persiguiéndome, porque este es mi consuelo. No haya quien se apiade de mí, para que más pura y sin consuelo lleve la cruz con mi Señor desconsolado, para que viva y acabe en cruz con él en compañía suya, y padeciendo acabe en su amor, muriendo por él. Amén.

CAPÍTULO X

Prosecución de la gran dicha que es el padecer por amor de Dios

Por lo cual no hemos de tener por tiempo más bien empleado, que el que por amor de Dios padecemos. Y miremos que solo este tiempo nos puede dar alivio y conjetura que amamos a Dios; porque en lo demás, aunque sea ser llevado hasta el tercer cielo, no se sabe si nos amamos a nosotros, o si amamos a Dios: porque quizá esto es nuestro placer, porque se cumple lo que deseamos, y no puramente porque se cumple lo que quiere Dios. Y pues para amar estamos comprados, hagamos bien nuestro oficio, para que parezcamos el día del juicio ricos en amor y despedazados en la guerra de amor peleando por él a semejanza de Cristo, que murió en pelea de amor.

Grande honra es estar firme en lo que mucho nos amarga, y otro igual placer no damos a Dios, que cuando muy de corazón somos angustiados por él, y bebemos el cáliz amargo en compañía de él, que él por nosotros bebió. Sólo el padecer por

Cristo declara quién es amigo fingido o verdadero. Aquel ama de verdad a Dios, que del todo se da él y ninguna cosa deja para sí. No tengamos miedo de ponernos en él, ni de perdernos en las manos de Dios, porque todo lo que en ellas se pone, queda salvo y seguro.

No hay cosa en todo lo criado más preciosa que en el cielo el amor glorioso de los bienaventurados, y en la tierra el amor atribulado de los justos con gran diversidad de persecuciones y horrendas tentaciones. No hay obra en el mundo que más declare la verdadera virtud, que el padecer trabajos por amor de Dios; porque la prueba del verdadero amor es la verdadera paciencia por el amado, y ninguna otra prueba es tan sin sospecha, como ésta. Así como el mismo Dios nunca descubrió a los hombres tan claramente la grandeza de su amor, por muchos otros beneficios que les hizo, hasta que vino a padecer por ellos; así nunca ellos descubrirán el suyo enteramente, por muchos servicios que le hagan, hasta que vengan a padecer por él. La tribulación, dice San Pablo, es ocasión y materia de paciencia, y la paciencia es prueba de la verdadera virtud, y esta prueba nos da la esperanza de la gloria; pues por esta causa siempre debe el hombre tener por sospechosa toda virtud y santidad que en sí conozca, hasta que sea probada con el testimonio de la tribulación. Porque, como dice el Sabio, los vasos de barro se prueban en el horno, más los corazones de los justos en la fragua de la tribulación. Dice el Profeta: "Darnos has, Señor, a beber lágrimas por medida;" y la medida será ésta, que el más privado sea más afligido y atribulado. Para los fuertes se guardan las batallas más fuertes, y el premio y las coronas mayores.

Las dos personas que en este mundo hubo más amadas de Dios fueron Jesucristo y su Madre, y la ventaja que hicieron a todas las criaturas en la virtud, esa les hicieron en el padecer: no ha habido en el mundo dos personas mejores ni más atribuladas

que estas dos. No hay sacrificio más agradable a Dios que el corazón atribulado, ni señal más cierta de su amistad que la paciencia en la tribulación. No infame nadie las tribulaciones, porque eso es infamar a Cristo y a su Madre y al mismo Dios, que siempre envía tribulaciones a sus amigos. Los Santos padecieron escarnios, prisiones y cárceles; fueron apedreados, aserrados, tentados y muertos a cuchillo; anduvieron pobremente vestidos, angustiados, necesitados, afligidos; vivían en las soledades: y todos ellos en medio de estos trabajos fueron probados y hallados fieles a Dios.

Pues, si ésta fue la vida de los Santos y, lo que más es, del Santo de los Santos, no sé yo con qué título piensa alguno de ir a donde ellos fueron, si va por camino de deleites y regalos: por tanto si deseamos ser compañeros de su gloria, procuremos de serlo de su pena, y si queremos reinar con ellos, procuremos de padecer con ellos.

CAPÍTULO XI

Prosecución de los dichosos trabajos

Amemos, pues el padecer, y huyamos del regalo y bien me quiero: y al que más nos persiguere tengamos por mayor amigo y bienhechor, y como a tal le hagamos las obras, dando gracias a Dios que no se olvida de nosotros ni nos aborrece, antes tiene puestos sus ojos amorosos sobre nosotros para darnos grande gracia y grandes coronas de gloria por padecerlos con paciencia por su amor. ¡Oh, cómo vivimos locos y sin seso en este destierro yendo engañados! porque el bien me quiero nos desvanece y saca de tino: porque a los amigos del bien me

quiero, que son todos los que a nuestro gusto andan contentándonos, habíamos de tener por enemigos; y a todos los que nos persiguen, habíamos de tener por grandes amigos y bienhechores: y no lo entendiendo con nuestra locura, los aborrecemos, y la buena obra decimos que es mala, y queremoslos mal, habiéndolos de amar y estimar en mucho, porque nos dan ejercicio de virtudes y de merecer; y estos que nos persiguen, si tuviésemos seso verdadero, los abrazaríamos y amaríamos con amor grande, porque persiguen a nuestro enemigo de nuestra carne, y favorecen a nuestro espíritu. Y así, como locos y sin seso, lo bueno del trabajo y tribulación, y la cruz tenemos por malo, huimos cielo y tierra de tan gran tesoro, lo cual es huir de merecer mucho delante de Dios, y de imitar a su bendito Hijo, no queriendo padecer algo por su amor: y lo malo del regalo que nos lleva al infierno muchas veces, y es contra el espíritu, tenemos por bueno, habiéndolo de aborrecer, yendo errados y engañados; y por eso medramos tan poco en la virtud y cosas espirituales, por estar lleno el hombre del bien me quiero. Y tanto tiene uno de locura, cuanto tiene de amor propio; y tanto tiene más de sabiduría, cuanto se desnuda de él.

El siervo de Dios ha de tener por dicha que nadie se acuerde de él sino para perseguirle, y que de otros se haga caso y no de él, porque todo esto ayuda al espíritu, por ser ejercicio de virtudes; y el espíritu por aquí en las cosas adversas engorda en el amor de Dios y en todas las virtudes, y crece, y el bien me quiero del amor propio de la carne desmedra y enflaquece. Y el mundo, como va al revés de la voluntad de Dios, la dicha de las adversidades tiene por desdicha; pero los siervos de Dios, que conocen las verdades, que este Señor los enseña, tienen lo adverso por próspero, y lo amargo por dulce, y todo trabajo por dicha, y toda adversidad por prosperidad; y el alma que tiene en esta vida más trabajos tiene más ejercicio de mayor santidad y de mayor merecimiento. Lo cual todo se alcanza en ellos y con

ellos, y el diligente, con ellos, con la gracia de Dios, vendrá a ser gran santo, y sin ellos, yo no sé cómo puede tener ni alcanzar santidad; pues le faltará el ejercicio con el cual ella se alcanza.

Dios todo lo puede, y si lo quiere dar, en su mano está, y todos los bienes son suyos. ¡Oh bienaventurados y dichosos los cargados de trabajos! pues que Dios se los envía con su grande amor que los tiene, para que sean grandes santos y alcancen con ellos grandes coronas de gloria, peleando y venciendo por Dios. Bienaventurados los crucificados con Cristo, porque estos parecerán algo a Cristo, y con él serán coronados y con gran premio premiados. Bienaventurados los atribulados que padecen por Cristo, pues son de la compañía de Cristo y van debajo de su bandera acompañando a su gran capitán. De donde se colige que todos los que siguen a tan buen capitán son como almas que tienen prendas del cielo, pues se parecen a Cristo. Esperemos, pues, un poco padeciendo por su amor, que todo el gozo vendrá junto como a Cristo, y acabarse han para siempre nuestros trabajos como a él los suyos; y el deleite y gloria durará para siempre sin fin.

CAPÍTULO XII

De cómo nos hemos de aborrecer

Hémonos, pues, de aborrecer en tanto grado, que nos tengamos por injuriados y afrentados, cuando viéremos que injurian y afrentan a alguno, deseando nosotros que aquellas injurias y deshonoras no las hagan a otros sino a nosotros, creyendo que solos nosotros merecemos ser maltratados, perseguidos y

deshonrados, deseando ser perseguidos y maltratados de todas las criaturas, por padecer algo por amor de Dios, y en todo callado, porque negando en tales tiempos a la lengua que no hable, y dando licencia al corazón que se alegre con ello, gana el alma la virtud sólida de la paciencia, no se defendiendo ni excusando jamás; porque casi siempre que hablamos en tales tiempos, nos defendemos y excusamos volviendo por nosotros.

Los santos varones hacen bienes y padecen males alegremente por amor de Dios. Por tanto si alguno riñere con nosotros y queremos vencerle, perdamos callando, venciéndonos; porque de otra manera, cuando pensáremos que habemos vencido vengándonos volviendo por nosotros, hallaremos que hemos perdido la paz del alma por no callar. Y así los que quisieren ser valerosos y fuertes siervos de Dios, tomen el consejo que dió Cristo Nuestro Señor a Santa Catalina de Sena, diciéndoles que tomasen por refrigerio suyo la cruz como él hizo, diciendo: "Vosotros escoged penas y tormentos, y no solamente los sufrid con paciencia, más buscadlos y abrazadlos por vuestro refrigerio: porque verdaderamente refrigerios son, pues mientras más penas sufrís por mí, tanto más os hacéis conformes a mí; y si os conformáis conmigo por los tormentos y pasiones, síguese que seréis semejables y conformes a mí así en gracia como en gloria. Y pues así es, la dijo Cristo Nuestro Señor, toma tú, hija mía, las cosas amargas por dulces, y las dulces por amargas por mí y cree firmemente y no tengas duda sino que serás fuerte."

Lo cual ella no oyó con orejas sordas; y después de allí puso fuertemente en las tribulaciones, que ninguna cosa en esta vida le daba tanto refrigerio como las tribulaciones y pasiones, sin las cuales ella viviera impacientísima: y tanto las amaba, que de buena gana sufría la tardanza de la corona celestial por tener más tiempo de sufrir tormentos y penas. Esto es de Santa Catalina de Sena.

No por ser uno atribulado es amigo de Dios, sino por pelear

contra la tribulación y llevarla con paciencia, si no puede con alegría, luchando con el dolor y tribulación para quedar probado en la tentación y glorioso con la victoria. Si quiere uno nombre de amador de Dios, no lo ha de ganar entre los regocijos y acontecimientos conformes a su voluntad sino entre azotes y espinas de trabajos, hiel y vinagre, y en desierta cruz, a semejanza de Cristo, que metido entre estas cosas, nos enseñó su amor; el cual fue verdadero, porque fue probado y permaneció fijo en la tribulación. Mortifiquemos nuestra carne, que esta es la que él come y le sabe bien, porque de la viva huye cielos y tierra. El amor verdadero es que el que ama, aunque es azotado, ama; y la verdadera paciencia es la que sufre más sin consolación. El amor no es palabras, sino obras, padeciendo con alegría por el amado.

CAPÍTULO XIII

De algunos medios para que se determine el alma a tomar lo amargo por dulce y lo dulce por amargo

Pues los medios para vencer al alma con vivas razones y fuertes, para que se determine a abrazar de buena las cosas amargas por dulces, y estimarlas en muy mucho y por muy preciosas, y las cosas dulces por amargas, y abrazar todo lo dicho, son los siguientes, con los cuales, usando de ellos, se viene el alma con la gracia de Dios a hacer rica de virtudes y santidad.

Lo primero es, hacerla conocer esta verdad, que por este camino se purifica el alma de sus pecados y se limpia y purga, y este es el camino, padecer por Cristo Nuestro Señor.

El segundo es, que por aquí la labra y hermosea Dios para darla gran gloria, siéndole a sus ojos muy hermosa y graciosa.

El tercero es, que por aquí el alma se ejercita en las virtudes y santidad, y este es el ejercicio de ellas.

El cuarto es, que por este camino de cruz se hace el alma imitadora de Jesucristo crucificado.

El quinto es, que por aquí se desnuda el alma del hombre viejo y se viste del nuevo, que es Cristo Nuestro Señor.

El sexto es, que por aquí se sujeta verdaderamente el alma a su Dios.

El séptimo es, que por aquí se viene el alma a hacer rica y agradable a su Dios.

El octavo es, que por aquí se hace el alma vencedora de sí misma, peleando contra el trabajo y tribulación.

El noveno es, que por aquí tomando su cruz por amor de Dios, hace la voluntad de Dios.

El décimo es, que por aquí vence el alma y alcanza victoria de todos sus enemigos, y viene a conocer sus engaños encubiertos.

El undécimo es, que por aquí se viste de la librea de su Señor Jesucristo.

El duodécimo es, que este camino de cruz es el camino del cielo.

El décimo tercio, es que así como este camino de la cruz abre el cielo a los que van por él, así les cierra el infierno.

El décimo cuarto es, que por aquí y no por otro camino se engendra en el alma aquella tan grande paz, que dice San Pablo, que excede a todo sentido, que la da Dios a quien varonilmente se vence.

El décimo quinto es que por aquí alcanza el alma la perfecta caridad y amor de Dios y del prójimo, haciéndose fuerza en los trabajos a los abrazar y amar y querer por amor del amado, deseando más y más.

El décimo sexto es, que por aquí viene el alma a alcanzar el

don de la oración y continua presencia de su Dios, mortificando todas las cosas que se lo impiden.

El décimo séptimo es, que por aquí viene el alma a alcanzar la perfecta alegría del corazón.

El décimo octavo es que por aquí padeciendo por Cristo, viene a alcanzar mucha gracia de Cristo en esta vida, y después grande y seráfica corona en el cielo.

De condición que sin pelea y cruz no hay ganancia, ni victoria, ni santidad, ni imitación de Cristo, ni en el cielo corona. Y estos amadores de la cruz de Cristo son todos los que ponen por obra y abrazan aquel tan alto consejo de Cristo que dice: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz y sígame. " En las cuales palabras comprendió este Señor la suma de toda la doctrina del Evangelio, la cual se ordena a formar un hombre perfecto y evangélico, el cual teniendo un linaje de paraíso en el hombre interior, padece una perpetua cruz en el exterior, y con la dulzura del interior abraza voluntariamente los trabajos del hombre exterior, como le dijo Nuestro Señor a Santa Catalina de Sena por estas palabras: "La delectación mía no es en las penas, más en la voluntad de quien fuertemente las sufre, lo cual es gran don de Dios."

Pues un gran medio será para el alma enamorada para medrar mucho en este camino, y para que no le sea tan difícil de caminar, y para que lo dulce de los regalos y deleites de este mundo le sepan mal y le sean amargos, y para que lo amargo de los trabajos de cualquier condición que sean, que le vengan le sean dulces, mudando el hombre de condición en otra mejor y santa, conviene que el hombre ande siempre prevenido y en vela para todas las adversidades y disgustos que por cualquier parte le puedan venir. Porque ¿qué otra cosa se puede esperar de un mundo tan malo y de una carne tan frágil y de la envidia de los demonios y de la malicia de los hombres, sino continuos disgustos y sobresaltos no pensados? Pues contra todos estos

accidentes ha de andar el varón prudente apercebido y armado, como quien anda en tierra de enemigos: de lo cual sacará grandes provechos y llevará más ligeramente los trabajos.

Lo segundo es, que todas las veces que esto hiciere, entienda que hace a Dios un sacrificio muy semejante en su manera al del patriarca Abraham, cuando estuvo aparejado para sacrificar a su hijo Isaac. Porque todas las veces que el hombre presupone que o por parte de Dios o de los hombres le pueden venir tales o tales trabajos o disgustos, y él, como siervo de Dios, se dispone y apareja para recibirlos con toda humildad y paciencia, y para esto se resigna en las manos de Dios aceptando y tomando de ellos todo lo que por cualquier via de éstas le viniere, y cada vez que esto hiciere, hace un sacrificio muy agradable a Dios, y que tanto merece con la prontitud de la voluntad sin la obra, como con la misma obra. Para lo cual conviene aparejarse cada día dos veces, la una por la mañana, la otra a medio día.

Pues que se ha dicho algo de lo mucho que importa aparejarse el alma para todas las cosas adversas que en esta vida la vengam, antes que vengan, porque no la derriben; será bueno que digamos lo que ha de hacer después que la venga el trabajo para que alcance victoria de él y de sus enemigos.

Para lo cual se ha de armar con el amor de Dios, de que atrás se ha tratado, que para ayuda de costa se le han dado, para que con él, como arma del cielo, venza a todos sus enemigos, que contra ella se levantarán.

Pues el primer remedio, que el amor de Dios dicta allá dentro del alma, es que considere los muchos y grandes pecados que contra su Dios ha cometido toda su vida, conociendo que justamente le viene bien el padecer, pues ha ofendido a su Dios; y que no es mucho padecer lo presente y ser perseguida la que merece el infierno por sus pecados.

La segunda consideración es, que el alma ponga los ojos en su Dios en sus trabajos, y mire cómo le vienen de la mano de su

Dios y no de las criaturas para gran bien suyo con el grande amor con que la ama, y así no se enojará con ninguno y tendrá gran paciencia.

El tercer remedio es ponerse el alma presente a Cristo Nuestro Señor, mirando con grande consideración los grandes trabajos e injurias y deshonras y falsos testimonios que sufrió este Señor, siendo Hijo de Dios, por mis pecados, para que mirándose el alma en él como en un espejo, le sea imitadora, sufriendo los trabajos por su amor, como él los sufrió por ella.

El cuarto remedio será, que el alma se apareje a menudo para las peleas con oración y ejercicio de virtudes, trayendo a la memoria el trabajo que cree o sospecha que le ha de venir, poniéndole delante de su Dios, pidiéndole su favor, haciendo actos de alegría con el corazón de querer pasar por su Dios presente todos los trabajos que la vengan, representándoselos. Si queremos fortaleza en nuestros trabajos, acudamos a la oración, para que de ella salgamos fuertes para padecer por Cristo.

El quinto remedio será, que de que venga el trabajo de veras, que el alma con el amor de Dios se venza peleando contra él, poniéndose delante de su Dios, y el trabajo entre los dos, Dios y el alma, actuando allí la voluntad y amor de Dios a querer el tal trabajo abrazándole por amor de Dios y con actual amor alegrar la voluntad delante de Dios por el mismo Dios a padecerlo por su amor.

El sexto punto será, después de pasada la borrasca del trabajo, traerle muchas veces a la memoria con el mismo ejercicio, para que el alma se haga más sólida en la virtud, y merezca oír aquella bendición del Salvador que dice: *Beati estis, cum persecuti vos fuerint homines, et dixerint omne malum adversum vos mentientes propter me; gaudete et exultate, quoniam merces vestra copiosa est in coelis*¹, rogando al Señor

1 Matth. V, 11, 12.

que, pues el perseguidor la ha hecho tan gran beneficio de darla en que padezca algo por su amor, que le hincha de bienes y virtudes y le dé grande gracia con que le sirva y después el cielo; siéndole muy agradecido a tan grande beneficio, y como a tan gran bienhechor le ame y sirva cordialísimamente.

Todas las vitudes se alcanzan con el ejercicio de los actos de las mismas virtudes, con los cuales se viene a engendrar la virtud en el alma, haciendo asiento en el corazón: y cuando los actos son más vehementes, más presto se alcanza la sólida virtud.

Dirá alguno que para las virtudes que siempre hay ejercicio, pues siempre hay en esta vida trabajos y tentaciones que padecer. Es verdad, pero no se aprovechan todos de él, quedándose a secas con los trabajos hasta que con el tiempo se mitigue algo del trabajo, y esto sin ejercitarse con ellos en la virtud: y no es ese el ejercicio que se pretende; porque por ese camino tan seco y sin el ejercicio, se verán tan pocos medrados, que es lástima; porque si no hay más de eso en los siervos de Dios, bien podrá ser que esté treinta años sirviendo a Dios con remisión de esta manera, y que el postrer día esté tan sin virtud como el primero, o que esté menos aprovechado, haciéndose remiso y tibio.

Pues el fino ejercicio con el cual la virtud sólida y perfección se alcanza con la gracia de Dios, es el negamiento y vencimiento el alma de sí misma con el amor de Dios, ejercitándose el alma con el amor de Dios, delante de Dios, por el mismo Dios, con los actos de las virtudes, desterrando con ellos todos vicios del alma, con actos contrarios y con gran pelea venciendo, tome lo dulce por amargo y lo amargo por dulce por el mismo Dios. Y es posible que el alma en un año gane más virtud y santidad por este camino, que sin él en veinte.

De condición que el alma con este amor de Dios que atrás ha cobrado ha de ahogar todas las cosas que la quiten su paz, que

son los vicios, venciéndolos con este ejercicio de los actos suavísimos y alegres de Dios; porque esta es una mortificación general y singular y muy preciosa para vencer todas las cosas adversas que quitan su paz al alma; y es muy sutil, altísima y mañosa, y consume y deshace toda tristeza y trabajo, y lo vuelve en alegría grande por el amado, y en breve alcanza el alma grandes victorias de todos los vicios y pasiones, los cuales desasosiegan el alma, cuando no están mortificados y vencidos.

Gustar el alma de los disgustos que la carne no quiere, gracia de Dios es menester para que esto amargo sea dulce y se abraçe por Dios; gustar el alma de todas las cosas que le vienen al revés de lo que la carne quiere, gran virtud ha de tener alcanzada el alma; y que quiten a la carne lo que ama y desea y la den lo que aborrece, y que guste el alma de todas estas cosas que la carne huye de ellas cielo y tierra; y que el alma las abraçe de buena gana con gozo y alegría, la gracia de Dios lo ha de obrar en ella vencedora de sí misma.

Oh desdicha! Oh desventura! que nos perdemos y no miramos por nosotros, creyendo al bien me quiero, y cuando caemos en la cuenta, que es muchas veces después de muertos, no hay remedio de poderlo remediar. Persigámonos, pues, porque de nuestra carne no seamos engañados; porque así negándonos y venciéndonos, tomemos nuestras cruces, y con ellas sigamos al Hijo de Dios crucificado, imitándole acá en la tierra, para que le gocemos con gran gloria allá en el cielo.

Después que ya el alma se ha tan bien mortificado y vencido, como ya está desnuda y vacía de todo amor propio y de todas las cosas criadas, de su peso, sin ningún impedimento se halla en Dios y con Dios, y gusta altamente de su Dios, por tener todo su amor en él solo; y así anda siempre con Dios y le halla en todas las cosas y criaturas; y así mira el alma a su Dios y le ama y adora en todas las cosas y criaturas; gusta de Dios, adora y ama en todas las cosas y criaturas; ama a su Dios en todas las

criaturas; trata con Dios en todas las cosas y criaturas; mira y contempla a su Dios y adórale en todas las criaturas; mírale en las flores, y ámale en ellas; mírale en las rosas del campo, y ámale y adórale en ellas; mírale en todos los géneros de yerbas y plantas y en todas las cosas hermosas que en el campo Dios crió; mírale y ámale y adórale en las aves del cielo y en los pescados del mar y en todas las cosas que este Señor ha criado, y mirando y amando y adorando y contemplando a este Señor en todas sus criaturas, desde la menor hasta la mayor, y con la gran fuerza del amor y conocimiento de Dios en ellas, a ellas pierde de vista quedándose con solo Dios en ellas, cebándose con el amor grande en tan gran Señor, olvidándose, con la gran fuerza del amor, de sí y de las criaturas: cébase con su infinita hermosura amándola con grande amor; con su bondad infinita, con su gran poder, con su gran saber, con aquella majestad infinita y ser de Dios, alegrándose con él en sumo grado, mejor que con las criaturas, en el cual se goza y descansa como en su Dios y amor.

CAPÍTULO XIV

De un ejercicio espiritual

Acuérdome yo de una persona que se ejercitó mucho tiempo en negarse y vencerse a sí mismo por amor de Dios: y era de esta manera: que de que le venía algún trabajo y persecución o alguna cosa contraria a su voluntad o maltratamiento de alguno o la daban alguna reprensión o la menospreciaban o la venía alguna recia tentación o algunos disgustos o inquietudes de mano ajena o de la misma carne o del demonio: en viniéndole el

trabajo a esta persona con el cual se inquietaba, luego inmediatamente procuraba de convertir la hiel de la inquietud y tristeza en miel, de esta manera; que se ponía delante de su Dios, y con actual amor amaba a su Dios, y con el mismo acto de amor amaba el trabajo presente, poniéndole entre Dios y él: y allí hacía grandes actos de amor y alegría, alegrándose interiormente lo mejor que podía con el trabajo presente, amando a su Dios y al trabajo todo junto, todo con un acto de amor y alegría, y al que le daba este trabajo.

Y como el hacerse fuerza con la voluntad a abrazar y querer estas cosas tan amargas y contrarias es cosa tan dura, y de tanta pena este querer y amar lo que no quiero; cuesta grandes trabajos el vencerse y convertir la hiel tan amarga en miel tan dulce, como es el holgarse con las penas y trabajos, y así cuesta mucho de alcanzar, convirtiendo lo amargo en dulce y gustar de los disgustos: y como este vencerse el hombre a sí mismo cuesta tanto trabajo, es de gran mérito delante de Dios. Sino que hay pocos que quieran pelear contra sí mismos y vencerse, porque esta pelea es todo beber amarguras, hiel y vinagre, hasta que con el ejercicio y crecimiento en la virtud adquisita venga el alma a hallar facilidad, y con más ejercicio algún gusto, y después gozo. Y por eso las virtudes cuestan tanto trabajo de alcanzar, que se han de alcanzar con gran pelea a poder de tragar hieles amargas y purgas, queriendo y amando el alma lo que no quiere, venciénzose por amor de Dios.

Y por ser cosa tan dura y amarga es menester el ejercicio del amor de Dios para con él vencer el vicio de la inquietud y pasión. Este ejercicio a los principios es tan seco, que es menester el favor de Dios para perseverar en él. Como le aconteció a esta persona algunos años, que le parecía, según era de desabrido este ejercicio, que era perder el tiempo usarle, pareciéndole que no medraba, sino que todo era beber purgas amargas sin medrar en nada; y si Dios no lo obrara en él, no

perseverara. Y andando el tiempo empezó a gustar de él y sentir algún provecho: y andando más el tiempo, no se hallaba, cuando no le acontecía o venía alguna borrasca o trabajo para ejercitarse en él. Y así mientras más andaba, mas gustaba, y conocía el gran bien que era el tal ejercicio del vencerse por Dios; a tanto que vino a gustar de las cosas adversas, y de que no las tenía, se representaba algunas pasadas o que le podían venir inquietándole, para tener ejercicio de vencimiento de sí.

A tanto las estimaba las cosas adversas después, que siendo esta persona muy visitada de su Dios, dándola gran don de oración y contemplación muy alta de los misterios de Cristo, de su pasión, y de las cosas divinas y celestiales, examinando estas cosas tan altas y gustos tan grandes y el fruto de ellas para su alma que experimentaba, hallaba sin duda ninguna ser mayor el fruto de este camino, que no el que sacaba del gusto de la contemplación, aunque era fructuoso.

Vencer el alma en sí misma las cosas adversas es de gran fruto, porque hacerme yo fuerza a querer bien a quien me ha hecho malas obras y a no me enojar con él ni tener ira con quien me ha maltratado, sino que le ame y guste de ello, y que mientras más disgustos me hace, que yo más le ame y haga buenas obras, gran pelea ha de costar hasta que gane la virtud de la paciencia. Esto vendrá a ser como cuando a uno le duele mucho una muela, que no descansa hasta que se vence sacándosela sufriendo un gran dolor, pero después descansa gozando de grande paz. Así, pues, es que el alma no goza de la paz hasta que se vence a sí misma y todo lo que le da pena, y vencido alcanza la virtud y gózala, a costa suya peleando, pero con gran premio, poniendo la segur a la raíz, venciendo el vicio que se lo defendía.

Y este vencerse es como quien traga duros clavos o bebe hieles amargas: querer amar a quien aborrece, y que saque del corazón el aborrecimiento, y que quede solo el amarle como a

bienhechor, mucha pelea ha de costar, y el favor de Dios es menester; y semejantemente en las demás virtudes, venciendo sus contrarios. Y por eso hay tan pocos santos, porque no nos vencemos, lo cual es cosa más heróica que no hacer milagros; porque esto le cuesta mucho trabajo vencerse, y los milagros no más de hablar Dios por boca de un siervo suyo, tomándole por instrumento para hacer lo que es servido.

Es de notar que cada vez que a esta persona le venía algún trabajo, se iba de propósito a su rincón a pelear contra él, puesto delante de su Dios, de do le venía el favor para vencer, así como uno se va de propósito a tener oración, hasta que vencía y quedaba con su paz.

Al principio cuando el hombre es nuevo en este ejercicio, es menester vencerse con razones, como están ya atrás dichas, para que con más facilidad abrace la voluntad lo amargo, y ame por Dios.

Esta gran caridad y amor de Dios de que se ha tratado, reina que es de todas las virtudes, transforma toda el alma en Dios, y ella se da toda a su Dios, dejando ya de ser suya; a tanto que de que tiene esta perfecta caridad, no vive ya ella, sino Dios en ella: podrá decir: *Vivo ego, jam non ego, vivit vero in me Christus*¹; siendo hacienda de Dios por habérsele entregado toda por el grande amor que habita en ella. Todo esto obra el amor grande que tiene, y la gran luz que el amor la da para conocer a su Dios, y el amor la hace que se entregue al amado, y la luz le hace que le conozca; y del conocerle le viene a amar, y del amarle viene a darse toda a su amado, y de darse toda le viene a estar en Dios y Dios en ella, y de estar en Dios y Dios en ella le viene estar toda abrasada en fuego de amor, y de aquí le viene estar toda transformada en Dios.

1 Gal. II, 20.

CAPÍTULO XV

De algunos efectos de esta gran virtud de la caridad

El primero es, que el alma enamorada de su Dios en todos sus trabajos descansa en la voluntad de su Dios, y en todo lo que de ella ordena o permite que la venga, gozándose con ella como cosa venida de su mano bendita, sabiendo ella que este Señor tiene en ellos gran cuidado de ella; y en medio de ellos tiene grande paz, conociendo la condición de su Dios cómo se ha con las almas y su grande amor para con ellas.

El otro efecto del alma enamorada, es que en sus trabajos no tiene cuidado de sí en ellos, por estar toda entregada en su Dios, sino el mismo Dios como hacienda propia suya.

El otro es, que el alma sale de sus trabajos con gran ganancia.

El otro es, que como el alma enamorada está toda entregada a su Dios, que es fuego de amor, se está allá dentro quemando y abrasando en su amor; y como el amor es fuego, allí dentro del mismo Dios, en donde habita, es tan ilustrada, de la gran luz que Dios la comunica, en el conocimiento de su Dios, y en el conocimiento del gran cuidado y providencia de padre que tiene del alma que tanto le ama.

El otro efecto es, que se aman tanto los dos que son de un querer y de una voluntad, y por más trabajos que lluevan sobre ella, no los vuelve las espaldas, amándolos y abrazándolos con gozo, como verdadero amante dejándose labrar de su amado, como hace la piedra o madero del artífice, sin resistirle, hasta que haga de ella lo que quiere, porque de otra manera el artífice no acabaría la obra con la perfección que quiere.

El otro efecto es, que esta gran virtud del amor es la que más